

La lectura entre las prácticas culturales de los jóvenes en España

La lectura ha estado siempre sometida a juicio moral. Unas veces se ha considerado buena, otras se ha encontrado expresamente peligrosa, y por tanto mala, y otras ha sido reconocida como valiosa, siempre y cuando se tratara de una práctica orientada hacia el seguimiento de un determinado canon.

En la actualidad, la lectura es, entre todas las prácticas culturales, la que probablemente goza de un mayor reconocimiento por ser considerada como un instrumento accesible para la búsqueda de los elementos que conforman la mentalidad crítica y que aporta, en consecuencia, material para el ejercicio de la libertad. Constituye, en este sentido, un importante mecanismo socializador en los principios de la ciudadanía. Se diría, pues, que una sociedad lectora está comparativamente mejor dotada para afrontar los retos de la vida en democracia; y aún más, que una sociedad cuyos sujetos de transformación, los jóvenes, frecuentan los libros, acometerá con mejores herramientas la construcción del futuro colectivo.

Por ello, la actividad de leer legitima a quien la practica, tanto más cuanto más lee; y aunque existen géneros, autores y obras cuya consulta proporciona el perfil ideal del lector, de acuerdo con los principios del imperante “paradigma de la bondad de la lectura”, respetando unos mínimos, ésta cumple su función legitimadora casi por encima de los contenidos.

1. La administración del tiempo de ocio

Partiendo de una división elemental del tiempo de la vida cotidiana en trabajo y períodos de libre disposición (1), y asumiendo que ambas vertientes se encuentran separadas de acuerdo con un orden dictado básicamente por las necesidades del sistema productivo y regulado por el sistema de bienestar –al menos en las sociedades democráticas industrializadas-, se entiende, para los fines de este trabajo, que la lectura se encuadra en el ámbito de las prácticas de ocio y tiempo libre. Interesa la lectura voluntaria, y acaso placentera, pero no necesariamente sancionada por el mundo escolar. Por ello, queda fuera de nuestro campo de interés la lectura obligatoria, ya sea por imposición del sistema educativo, en el caso de los estudiantes, ya por necesidades de orden profesional/laboral, en el caso de los trabajadores.

El ocio cumple, de acuerdo con la teoría clásica, una triple función: la diversión, el descanso y el desarrollo personal, cuya necesidad ya nadie pone en duda. Debe, además, desarrollarse en libertad y proporcionar placer. Constituyendo un conjunto de necesidades que están presentes durante toda la vida, el descanso, la diversión y el desarrollo personal se obtienen de modos muy distintos a lo largo del ciclo vital, pues también son distintas las prioridades de cada etapa. En el caso de los jóvenes, el tiempo libre, al que conceden un enorme valor simbólico, otorga la posibilidad de la socialización en el entorno de los pares de edad. “Entre todos los elementos que conforman el ocio juvenil

(1) Se trata de una división simplificador de la realidad, pero útil en términos analíticos. El abundante material estadístico aportado por las encuestas de empleo del tiempo, cuyo procedimiento de recogida de información se basa últimamente en el registro de las actividades a medida que se realizan, proporciona una interesante base para el estudio de la administración del tiempo, dando cuenta de su complejidad.

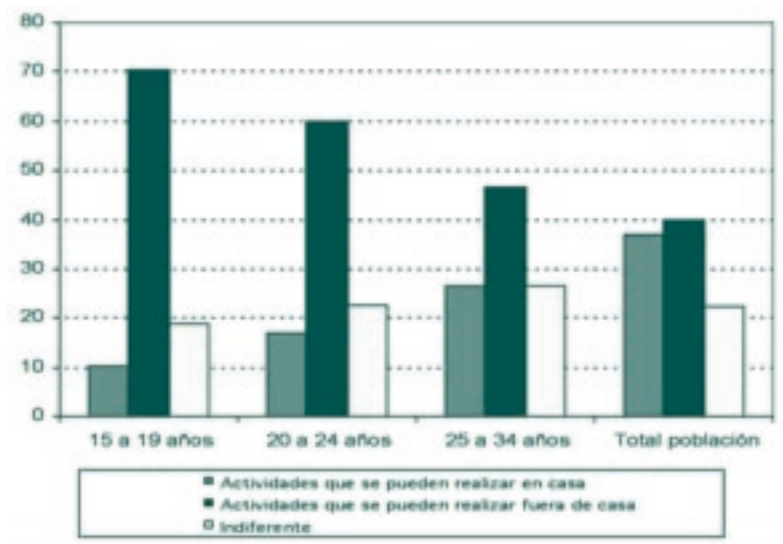
hay uno que parece tener más importancia: el grupo. Se sale en grupo, se socializa en grupo, se experimenta el paso a la edad adulta en grupo. Muchas de las conductas de la juventud llevan una impronta gregaria, más importante que el lugar y la actividad desarrollada” (2).

El sentimiento de pertenencia al grupo, que se afirma durante los encuentros con los amigos, parece determinar durante cierto periodo la configuración del ocio y la formación de los gustos personales influyendo en la construcción de su identidad social (no es extraño, por ejemplo, que los adolescentes reconozcan abierta y mayoritariamente, entre otras actitudes, que sus gustos musicales coinciden siempre con los de sus amigos).

Tal como se refleja en los datos de la Encuesta de hábitos y prácticas culturales (3), recientemente publicada, las preferencias de los jóvenes con respecto al ocio se orientan de forma clara hacia los espacios situados fuera del ámbito doméstico, especialmente durante la adolescencia. El contacto con los compañeros de edad, experimentado como un verdadero apremio, hace posible la creación y el uso de códigos propios al margen de los adscritos a través del entorno de convivencia familiar. Dicho contacto se materializa preferentemente fuera de las viviendas familiares, donde los adolescentes no encuentran la libertad requerida, y donde no les es posible situarse fuera del campo de visión familiar/disciplinar. El estar fuera de casa les ofrece, paradójicamente, el atractivo de la privacidad.

Es muy significativo, a este respecto, que siete de cada diez jóvenes de entre 15 y 19 años confiesen su preferencia por las actividades que se pueden desarrollar fuera de casa y solamente uno opte por las que se realizan en el hogar, como también lo es que conforme se avanza hacia tramos superiores de edad esa preferencia vaya cediendo a favor del espacio doméstico, de tal forma que entre los 20 y los 24 años, aunque la opción mayoritaria sigue siendo el ocio extradoméstico (seis de cada diez), los jóvenes empiecen a repartir su interés entre las dos posibilidades o, al menos, a mostrar indiferencia.

Gráfico 1:
Preferencias acerca de los lugares de ocio (Porcentajes sobre cada grupo de edad)



Fuente: Ministerio de Cultura y Fundación Autor, 2005

(2)
Pallarés y Feixa en INJUVE, Revista de estudios de juventud, 50. septiembre 2000: *Ocio y tiempo libre: identidades y alternativas*.

(3)
Ministerio de Cultura y Fundación Autor, *Encuesta de hábitos y prácticas culturales en España*, 2005.

Éste es, pues, el contexto preferencial en el que los jóvenes administran su tiempo libre y en el que hay que situar el acceso a los materiales de lectura. No se pretende, sin embargo, afirmar que la práctica lectora durante la juventud encuentre en los contactos sociales una competencia insuperable, sino, solamente, enmarcar los hábitos en el entorno de las disposiciones personales.

1.1. La marca audiovisual

Entre los comportamientos relacionados con la cultura, aquellos que implican atención a contenidos audiovisuales son, como se sabe, los más difundidos en el tejido social. Y la televisión, la radio y el cine los medios más frecuentados. Así, prácticamente todos los españoles afirman ver asiduamente la televisión, casi ocho de cada diez escuchan la radio y seis de cada diez van al cine. La lectura de libros y la utilización del ordenador durante el tiempo libre son, en cambio, mucho menos frecuentes. Esta distribución de los hábitos se manifiesta también en el sector más joven, si bien, los datos muestran una penetración más amplia de todos los medios.

Algo más de la mitad de los jóvenes de entre 15 y 24 reconoce leer libros con más o menos asiduidad, siendo más habitual en ellos que en el conjunto de la población (47 por 100). Los jóvenes leen más, pero no son los más jóvenes los que más leen. Siguiendo los datos de la encuesta de hábitos culturales, esta práctica está más extendida en los grupos de edad de 25 a 34 años y de 35 a 44, con una frecuencia cinco puntos superior al sector más joven, y ello en consonancia con el interés por la lectura y la literatura manifestado (superior como promedio en esos dos segmentos).

Pero entre las prácticas que implican la recepción de contenidos simbólicos, las que pueden desarrollarse de manera colectiva, y preferentemente, las relacionadas con los medios de comunicación, son las más frecuentadas. Ir al cine, escuchar música en grabaciones o a través de la radio o incluso ver la televisión, son comportamientos muy extendidos en la población más joven, y pierden interés a medida que se avanza hacia tramos superiores de edad (con la excepción de la televisión).

Cuadro 1. **Prácticas culturales y de tiempo libre según la edad** (Porcentaje sobre cada grupo de edad)

	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 34 años	Total Población
Teatro	32	35,2	38	30,6
Música CD/cassette	90,2	89	83	58,9
Cine	93,4	92,1	84,6	60,5
Vídeo	77,7	71,7	71,7	50,1
TV	99	96,7	98,2	98,0
Radio	77,8	82,2	81,9	77,5
Lectura de libros	51,5	54,5	58	47,3
Ordenador en tiempo libre	47,3	38,5	30,4	20,2

Fuente: Ministerio de Cultura y Fundación Autor, 2005

La música tiene, por su parte, un estatuto especial en el universo estético y valorativo de los jóvenes; no en vano, los gustos musicales actúan como catalizadores de sus relaciones sociales e intervienen en la construcción de las identidades de grupo. La atención a la música puede ser una actividad difusa que permite la compatibilización con otras actividades y que, además, se puede compartir. Por ello, sin entrar a desarrollar argumentos psicológicos relacionados con la generación de impulsos emotivos o la capacidad

evocadora de esta manifestación artística, parece lógico que tenga un lugar preferente en el escenario del tiempo libre y la cultura juveniles, al recorrer el espectro funcional básico del ocio.

1.2. Texto, interactividad... ¿cultura de la imagen vs. cultura de la palabra escrita?

El uso del ordenador como instrumento de ocio presenta un perfil de permeabilidad en la misma línea, pero con rasgos mucho más acusados, en tanto que disminuye fuertemente con la edad (4). A este respecto, cabe esperar un acortamiento de las distancias intergeneracionales a medida que se vaya haciendo efectiva la implantación de las tecnologías de la información y la comunicación en España, en cuyo empeño se vienen haciendo notables esfuerzos desde las instituciones europeas.

En términos comparativos, España queda aún en una posición muy desfavorable con respecto a la UE. Con datos de 2002, el número de ordenadores personales por cada cien habitantes es en nuestro país (17) muy inferior a la mayoría, encontrándose a gran distancia de los países nórdicos y centroeuropeos, e incluso de Francia, que presenta un 35 por 100. Lo mismo ocurre con los accesos a Internet, que aún habiendo aumentado notablemente, son todavía escasos (34 por 100 de los hogares) quedando por detrás solo Grecia, Portugal y la mayoría de los nuevos Estados Miembros de la Unión (5).

De cualquier modo, el espacio virtual es en la actualidad un espacio juvenil. La frecuencia y la familiaridad con que los más jóvenes lo transitan ha llevado a hablar de la relación entre ambos en términos de transformación de las experiencias básicas de la existencia. Así, "el siglo XX se cierra con el advenimiento de la sociedad de la información, que se configura como el nuevo domicilio de los jóvenes, cuyos sacramentales son los ordenadores, las telecomunicaciones, los teléfonos móviles y, sobre todo, Internet... La sociedad de la información está llamada a configurar el nuevo ecosistema de los jóvenes, a favorecer una nueva experiencia del tiempo, del espacio y del propio cuerpo..." (6).

Es cierto que el uso académico de los ordenadores va tomando perfiles de habitualidad (la tercera parte de la población de entre 15 y 24 años afirma utilizarlos en sus estudios), pero el verdadero rostro de la relación entre jóvenes y ordenadores es lúdico: sólo el 9 por 100 dice emplearlo para su trabajo, y la proporción aumenta en un solo punto cuando se incluye a quienes cuentan hasta treinta y cuatro años. La vertiente hipertextual del uso del ordenador es también de carácter fundamentalmente ocioso, ya que, como se desprende de las múltiples encuestas realizadas sobre los accesos a Internet en los últimos años, y en concreto, de la que se viene analizando en este documento, la mayor parte de los usuarios reconoce que frecuenta la red con la intención de buscar información y entretenimiento: 52 por 100, frente al 18 por 100, que hace uso académico, el 30 por 100 de uso profesional o el 20 por 100, cuyo interés son los chats. Y lo es aún más en el caso de los jóvenes, en quienes el acceso al espacio virtual parece cobrar sentido en tanto que aporta posibilidades de comunicación. En efecto, la gran mayoría de los jóvenes afirma que frecuenta los chats y foros, especialmente los adolescentes menores de veinte años, para quienes, reiteramos, el encuentro con los otros forma parte del registro de prioridades en el tiempo de ocio, que es también tiempo de socialización. Así, de cada diez adolescentes usuarios de Internet, seis reconocen entre sus actividades principales la participación en esas charlas virtuales, lo que es menos frecuente en los mayores de veinte años, y mucho menos a partir de los veinticinco.

(4)
Nos referimos aquí al uso realizado exclusivamente durante el tiempo libre, pues el recurso a los datos globales distorsionaría el objetivo de examinar las pautas de comportamiento cultural, y en especial la lectura, de carácter voluntario.

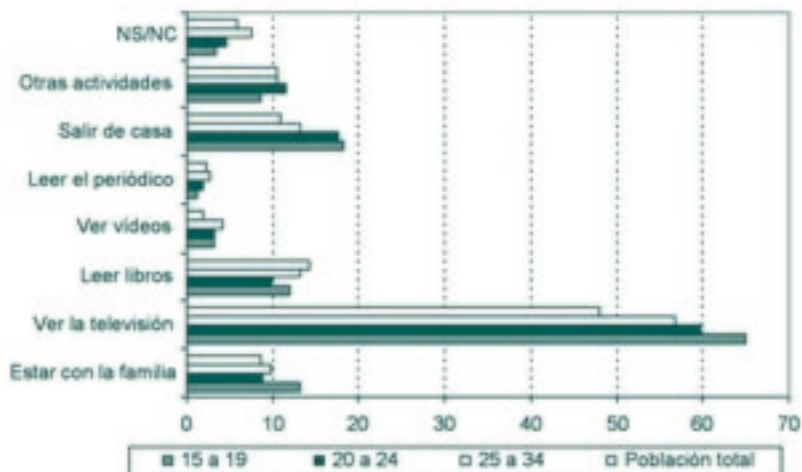
(5)
CES, *Memoria socioeconómica y laboral de España*, 2003.

(6)
García Roca, *Mapas culturales para la nueva condición juvenil*, en *Sociedad y utopía*, nº 15, 2000.

Pero, ¿compite el ordenador con los otros soportes de texto en las preferencias y los usos de la población joven? Según los propios interesados, la utilización del ordenador constituye una verdadera competencia para algunas prácticas de ocio, pero no precisamente para la lectura de libros y la consulta de periódicos. Las actividades a las que los jóvenes sustraen tiempo para dedicárselo al ordenador son básicamente la atención a la televisión (más de seis de cada diez así lo reconocen) y a gran distancia, las salidas fuera de casa (casi dos de cada diez).

Gráfico 2:

Actividades a las que resta tiempo el uso del ordenador
(Porcentajes sobre cada grupo de edad)



Fuente: Ministerio de Cultura y Fundación Autor, 2005

La pantalla del ordenador devuelve al joven la imagen de su acción en el escenario virtual. A través del teclado, el sujeto que contempla la pantalla se convierte en un sujeto participativo, capaz de modelar los contenidos, bien eligiendo los textos y las imágenes que aparecen en su monitor, bien creando los suyos propios, individual o colectivamente. La pantalla de la televisión, sin embargo, ofrece contenidos “estáticos”- imagen y sonido, sin texto y sin posibilidad de interacción-. Por más que el medio televisivo trate de crear la ilusión de la participación emitiendo fragmentos de vida cotidiana sin aparente manipulación -reality shows, gran hermano, etc.-, no es aún capaz de permitir la intervención directa, rápida y definitiva del espectador. En este sentido, ofrece una débil resistencia. En cambio, el libro, sobre todo el que presenta contenidos de ficción literaria, orienta a la atención hacia determinados derroteros, pero es más permisivo con los vaivenes de la imaginación creativa.

2. La lectura de libros

“[La lectura] hace que uno se relacione con la alteridad, ya sea la propia, la de los amigos o la de quienes puedan llegar a serlo. La invención literaria es alteridad, y por eso alivia la soledad. Leemos no sólo porque nos es imposible conocer a toda la gente que quisiéramos, sino porque la amistad es vulnerable y puede menguar o desaparecer, vencida por el espacio, el tiempo, la falta de comprensión y todas las aflicciones de la vida familiar y pasional.” (Bloom, H.). La lectura es, desde este punto de vista, una actividad con cierto componente social: se lee para escapar de la soledad. A través de la experiencia narrada en el texto, el sujeto que lee invoca al otro y trasciende su experiencia personal creando imágenes mentales de lo no vivido personalmente o incorpora su

propia experiencia en el curso de la asimilación del contenido, viéndose reflejado a sí mismo. Pero la socialidad de la lectura es aún más inmediata y más próxima a la realidad material del lector.

Lejos de constituir una práctica radicalmente solitaria que implica el retraimiento en la más estricta intimidad del sujeto, es del orden de lo social, pues se inscribe en la complejidad de las interacciones y los intercambios que componen la socialización del lector. Está totalmente imbricada en la organización y las condiciones sociales. La iniciativa de la lectura, la recepción y la circulación de los conocimientos adquiridos, las representaciones del libro y de la lectura actúan en el marco de las redes de socialización (Bahloul, J.). No obstante, es indiscutible que tiene una vertiente individual que se desarrolla de forma solitaria.

Así, la lectura de los jóvenes posee la doble dimensión: subjetiva y social. Aquellos que leen (un 53 por 100 si se considera solo a la población mayor de 15 años y menor de 24; y un 55 por 100 si se extiende hasta los 34 años) lo hacen dentro de una red de transmisión: se recomiendan textos unos a otros, ponen en común sus experiencias lectoras y se prestan libros entre ellos. La acción solitaria es un capítulo de la actividad lectora, que, por lo demás, suele situarse en los márgenes de la actividad diaria: se lee entre una actividad y otra, antes del sueño, en situaciones de espera, en tiempos muertos...

La lectura de libros, paradigma de la lectura legitimadora, es una actividad de rasgos fundamentalmente regulares. Los que leen lo hacen con cierta frecuencia y lo menos habitual es que se prolonguen los periodos sin lectura. Como se refleja en el cuadro, la mayoría de los jóvenes que han leído libros en el último año lo han hecho también durante el último trimestre. Y ello con más frecuencia entre los de más edad que entre los adolescentes. En el mismo sentido, lo normal es que quien practica la lectura lo haga diariamente. Así lo reconoce en torno a un 20 por 100 de la población joven y esa proporción aumenta con la edad. En cambio, la lectura espaciada es una práctica mucho menos habitual, pues el seguimiento de una narración más o menos extensa requiere de plazos cortos para evitar la distancia con respecto a la trama. De esta forma, solamente un 6 por 100 de los jóvenes lee alrededor de una vez al mes.

Cuadro 2. **Frecuencia y hábito de lectura en los jóvenes según la edad** (Porcentaje sobre cada grupo de edad)

	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 34 años	Total Población
Frecuencia				
Total han leído	51,4	54,4	58	47,3
En los últimos tres meses	40,6	40,9	45,2	36,1
Entre tres mes y un año	8,7	10,1	9,3	7,6
Hace más de un año	2,1	3,4	3,5	3,6
Casi nunca	22,9	23,4	20,3	21,1
Nunca	25,7	22,2	21,8	31,7
Hábito				
Total han leído	51,5	54,5	58	47,3
Todos o casi todos los días	16,3	23,3	26,8	21,2
1 vez por semana	9,4	8,5	8,7	7,4
De 2 a 3 veces al mes	8,5	5,8	7,7	5,7
1 vez al mes	7,6	7,6	5,5	5,0
Menos frecuencia	9,7	9,3	9,3	8,1
Casi nunca	22,9	23,4	20,3	21,1
Nunca	25,7	22,2	21,8	31,7

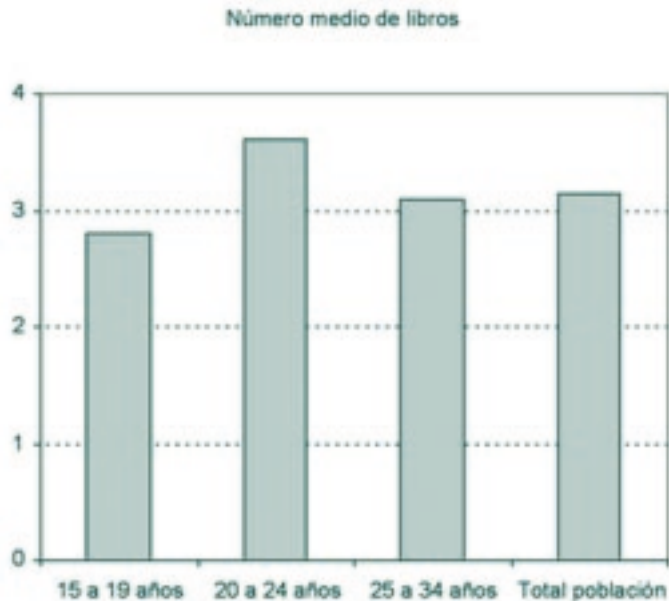
Fuente: Ministerio de Cultura y Fundación Autor, 2005

Una cuestión no menos importante es la resistencia a la lectura. Los datos ponen de manifiesto que un nutrido sector de la población joven en España no lee nunca o casi nunca, siendo más frecuente esta actitud entre los adolescentes. Una proporción cercana al 50 por 100 de quienes tienen entre 15 y 24 años apenas frecuenta los libros o no los consulta nunca, aunque dicha proporción desciende en alguna medida cuando se incluye en el cómputo a la población que cuenta hasta 34 años.

Si es cierto que estos datos no dibujan un panorama enteramente positivo, la comparación con el conjunto de la población muestra una mayor disposición de los jóvenes a la práctica lectora. Otra cosa será la evolución en los próximos años. Si la mayor abundancia de lectores en la población juvenil responde, como tantas veces se ha dicho, al incremento de las tasas de alfabetización en las cohortes del *baby boom* y en las sucesivas, habría que esperar cierta constancia en el hábito lector, dando cuenta de un *efecto generación* que mostraría en las próximas décadas cohortes de adultos menos resistentes a la práctica de la lectura.

Gráfico 3:

Número medio de libros leídos en un trimestre, según la edad (Media sobre la población que lee)



Fuente: Ministerio de Cultura y Fundación Autor, 2005

Es muy difícil valorar la lectura como hábito a través del recuento de los libros que se consultan en un determinado periodo, pues dicho recuento no facilita información sobre los contenidos, la intención de quien lee, la manera de capitalizar las lecturas personalmente y socialmente, etc., pero los datos sobre el número de libros leídos pueden servir, al menos, como aproximación comparativa en el trazado generacional a la difusión de esa práctica, lo que indudablemente constituye un interesante indicio. De acuerdo con los datos de la encuesta, durante el trimestre previo a la realización del trabajo de campo, los jóvenes lectores españoles leyeron como promedio 3,2 libros, es decir, un libro al mes. Pero el número medio esconde importantes diferencias: lo más frecuente es la lectura de dos a tres libros cada tres meses (44 por 100), seguido de la consulta de un solo libro al trimestre (32 por 100), mientras que algo más de un 20 por 100 consulta más de cuatro libros cada trimestre. Esta

distribución porcentual da cuenta de la existencia de tres grandes grupos de lectores jóvenes, que podrían llamarse “poco lectores”, “lectores medios” y “grandes lectores”, resultando preeminente la lectura media, esto es, la consulta de entre ocho y doce libros al año. Hay también, como se acaba de ver, un importante sector entre los que se consideran lectores, que encuentran en esta práctica una actividad casi marginal, pues leen como máximo cuatro libros cada año. Pero existe otro, de volumen nada despreciable (20 por 100), que otorga a la lectura un significativo protagonismo en el contexto de sus actividades, ya que leen al menos dieciséis libros al año, además la mitad de este grupo consulta como mínimo veinte anuales, por lo que puede ser considerada como de grandes lectores.

En lo referente al tiempo que se dedica a la lectura diariamente, la encuesta ofrece información para quienes admiten ponerla en práctica al menos en una ocasión cada mes. Dicha información revela que el tiempo otorgado varía en función de los días de la semana, siendo, en general, más abundante el que se dedica durante los sábados y los domingos. Así, el promedio otorgado en un día laborable es de una hora y casi ocho minutos; de una hora y doce minutos durante los sábados y seis minutos más los domingos.

Si se compara el tiempo que emplean los jóvenes en esta actividad con el utilizado por el conjunto de la población, se observa una dedicación inferior de los primeros. La proporción de menores de 24 (y de 34 años) que leen habitualmente supera a la del resto de los grupos de edad y al conjunto de la población, pero a medida que se avanza hacia tramos superiores el tiempo de lectura diaria aumenta. Son más los jóvenes que leen, pero conceden menos tiempo a los libros que sus mayores (hasta un cuarto de hora menos que quienes superan los 45 años), lo que no parece explicarse por las posiciones en el sistema productivo en los estratos de edad superiores -no son ni los pensionistas ni las mujeres inactivas dedicadas a las tareas domésticas los que emplean más tiempo en la consulta de textos-.

Cuadro 3. Personas que leen más de una vez al mes y tiempo medio dedicado, según la edad
(Población lectora en porcentajes sobre cada grupo de edad y tiempo de lectura en minutos)

Días de la semana	Tiempo de lectura	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 34 años	Total Población
Frecuencia	Población	33,6	36,8	41,8	33,3
	Media diaria	68,7	65,6	69,4	73,5
Sábados	Población	19,6	26,4	31,8	25,5
	Media diaria	72,7	71,1	74,6	77,9
Domingos	Población	19,2	25,1	30,2	24,6
	Media diaria	78,3	73,7	77,9	80,2
Total	Población	34,2	37,6	43,1	34,2
	Media diaria	60,4	60,3	63,8	68,0

Fuente: Ministerio de Cultura y Fundación Autor, 2005

3. Conclusión

Con frecuencia se escuchan voces de queja acerca de la pérdida de la costumbre de leer entre los jóvenes. Ya no leen, se dice, acusándoseles de una suerte de empobrecimiento cultural, cuyas consecuencias o se desconocen o no se sabe muy bien que alcance pueden llegar a tener. Pero la realidad no es tan desalentadora. A pesar de la difusión universal de los medios de comunicación de masas y sobre todo de la televisión, cuya señal llega desde hace décadas a la gran mayoría de los hogares españoles y cuya audiencia

carece de perfiles sociodemográficos por participar de todos los posibles, la lectura no se ha convertido en una actividad marginal o de erudición elitista.

Bien es cierto que para determinar las dimensiones del drama cultural del que se responsabiliza a la población joven sería necesario contar con bases de datos comparables desde hace muchos años, ajustando la ratio alfabetización/lectura para varias generaciones. Pero, al no disponer de los instrumentos necesarios para realizar un balance exhaustivo del devenir de la práctica lectora en la sociedad española, solo se puede reconocer que desde los años sesenta se ha convertido en una costumbre la publicación de señales de alarma sobre la escasez de lectores.

La queja tiene su origen con toda probabilidad en las expectativas depositadas desde hace tiempo en el aumento de los niveles de alfabetización. El acceso universal al sistema escolar y el consecuente aumento generalizado de las destrezas que se necesitan para asimilar y producir / reproducir cultura, se debería haber acompañado, de acuerdo con la lógica "lectoricista", de un incremento masivo de la práctica lectora. Saber leer debería traducirse en amar la literatura o al menos en frecuentarla con gusto.

Pues bien, la lectura en tiempo de ocio, esto es, la voluntaria y placentera (que parece ser la verdaderamente balsámica en términos subjetivos, y la que produce más réditos culturales en términos de desarrollo social) no es, a la vista de los datos, una actividad propiamente marginal, por poco frecuente, entre los jóvenes. Más de la mitad de la población juvenil lee libros con más o menos habitualidad y aquellos que leen lo hacen de forma relativamente asidua. Además, la incorporación y extensión de instrumentos multimedia que hacen posible la realidad hipertextual, transitada fundamentalmente por los más jóvenes, lejos de arrinconar a la consulta de textos literarios, parece, más bien, estar reñida con la atención a la televisión. Compiten las pantallas, no los (hiper) textos, seguramente porque, lejos del estereotipo de la navegación por el espacio virtual como práctica solitaria y de retraimiento social, ese medio proporciona socialidad, que es la impronta fundamental de ocio durante la etapa de la juventud.

En el mismo sentido, la lectura de libros ha de inscribirse en el entramado de las relaciones sociales, ya que, aun siendo evidente que posee una dimensión individual, la lectura en los jóvenes socializa: se recomiendan textos, se prestan libros, se comparten gustos. Además la media de libros leídos entre quienes leen (53 por 100 de los mayores de 15 y menores de 24) se sitúa en poco más de uno al mes. El juicio sobre la suficiencia de este patrón solo podrá hacerse a medio plazo.

BIBLIOGRAFÍA

AAVV, "Jóvenes y medios de comunicación", INJUVE, 2001

Bahloul, J. "Lecturas precarias, estudio sociológico sobre los poco lectores", Fondo de cultura económica, 2002

Bloom, Harold. "Cómo leer y por qué", Anagrama, 2000

Bourdieu, P. « La distinción. Criterio y bases sociales del gusto". Taurus, Madrid 1984

Consejo Económico y Social, "Memoria sobre la situación socioeconómica y laboral de España", 2003

Consejo Económico y Social, "Memoria sobre la situación socioeconómica y laboral de España", 2002

MacDonald, R. "Musical Identities", Oxford University Press, 2002

Petit, Michael, "Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura", Fondo de Cultura Económica, 1999

Ruiz de Olabuénaga, J. "La juventud liberta", Fundación BBV, 1998

